COMEDIA NUEVA.

EL AMOR CONSTANTE, Ó LA HOLANDESA.

SU AUTOR

D. GASPAR ZAVALA Y ZAMORA.

ACTORES:

Leopoldo el Grande, *Emperador de Alemania, con nombre de Derson, y uniforme de Oficial Aleman.*
Ulrico, *Secretario de Leopoldo, y amante de:*:-
Eduarda, *hija de::-*
El Conde Erbrik, *baxo el nombre de Fabricio, y exercicio de Mayoral de::-*
El Baron de Croix, *Gobernador de Viena.*
Eleonora, *segunda muger del Conde Erbrik, con el nombre de Adelina.*
Vesmer, *Confidente del Baron*
Vincárt, *Privado del Emperador, en trage de Oficial Aleman.*
Un criado de la Quinta.
Soldados y Vandidos, que no hablan.

La Escena en una Quinta del Baron, cerca de Viena.

ACTO PRIMERO.

La Escena se abre al amanecer con luz escasa, y el canto de algunos páxaros. Al frente ácia la izquierda un bosque muy espeso, y ácia la derecha la subida de un montecillo de poca altura, y en ella la boca de una gruta. Á la embocadura de la izquierda la puerta rústica de una Quinta, con un banco de piedra junto á ella. Sale Vesmer sobresaltado, recorriendo el Teatro con los primeros versos, dichos los quales, hará una seña, y saldrán quatro Vandidos con mascarillas, y Vesmer se la pone tambien.

Vesm. Oh Dios, qué amargura! Nadie
en todo el bosque se mira
como es tan temprano: pobres
jóvenes: vuestra desdicha
me llena de angustias. Ah!
mi amo es un tigre: sus iras
me hacen temblar. Cé; seguidme;
Salen.
ya en esa selva vecina
habrán entrado. Venid,
y executad la orden mia
sin dilacion. Ay Ulrico!
ay infeliz Adelina! *Vanse.*
Vanse los quatro por lo interior del bosque. Abren la puerta de la Quinta, y sale por ella Fabricio de aldeano viejo, con un cantarillo en la mano.
Fab. Oh quán amable aparece
á todos la luz del dia!

Apenas hay en la tierra
quien no goce nueva vida,
luego que el Alba derrama
su rocío. Las campiñas
se reverdecen ; las flores,
del capullo en que marchitas
estaban , salen lozanas
á gozar sus dulces risas.
Los corderillos celebran
con retozos su venida;
y hasta el pequeño insectillo
sale entre las yerbecillas
á buscar la luz. Apenas
sus destellos se divisan,
se levanta el jornalero,
y hecha su sarten de migas,
almuerza , y á su tarea,
alborozado camina.
La sencilla labandera
con quánto jubilo mira
el alba hermosa! y apenas
la puerca legaña quita
de sus ojos , bostezando,
saca de la cesta limpia
el pan y la dulce fruta,
y comiendo, se encamina
á su trabajo. Oh buen Dios!
la imagen mas propia y viva
de vuestra gloria es sin duda
la luz que nos ilumina.
Qué fresca está la mañana!
vóyme ácia esa fuentecilla
que hay en el monte , á llenar
de sus aguas cristalinas
este cantarillo. Al fin,
ahorraré á mi pobre hija
el trabajo de ir por ella,
ya que está tan abatida
por mi causa. Ah vil esposa!
Ah Eleonora infiel! Qué dias
tan amargos y funestos
paso por tí ! Tu perfidia,
y la de Virsof::- Memoria,
para qué las ansias mias
renuevas con tan atroces
recuerdos, si ya mis iras
castigaron su delito?
Mas no ; bien haces ; fatiga
sin cesar mi corazon, *Llora.*
con las imágenes vivas
de mi afrenta , hasta que logren
acabar mi triste vida. *Vase.*

Salen por la izquierda dos Vandidos como antes , conduciendo desmayada á Eleonora con trage holandés de luto, y el Baron de Croix con capa , reconociendo la Escena.

Bar. Nadie hay ; llegad , y supuesto
que á un accidente rendida
está , sobre aquese tronco
la dexad. Hoy , Adelina,
verás el funesto fruto
de tu condicion altiva.

Sale Vesmer llorando , y los otros dos Vandidos por el centro del bosque.

Vesm. Dios en su feliz morada *Ap.*
Ulrico , tu alma reciba,
y me perdone el haber
cometido esta perfidia.
Ya quedas obedecido.

Bar. Pues tomad ; de paga os sirva
aqueste bolsillo , y nadie,

Da un bolsillo á los quatro que parten.

si es que estimare su vida,
descubra aqueste secreto.

Vesm. Qué crueldad! *Aparte.*

Bar. Así castiga
mi poder, á quien le niega
los gustos que solicita.
Vesmer , ven , ayúdame;
llevemos con toda prisa
esta muger , al sepulcro
que mis rigores destinan
á su ingratitud. Con ella,
sepultada es bien que viva
mi crueldad.

Vesm. Pues , Señor,
qué maquinais?

Bar. La accion misma
te lo dirá ; sígueme.

Cogen los dos á Eleonora , y la suben á la gruta.

Vesm. Quanto escucho me horroriza.

Bar. Déxala ya ; y estas peñas
de robusta puerta sirvan
á su eterna carcel.

La entran en la gruta, y cubren su puerta con algunas peñas, y vuelven á baxar.

Vesm. Cielos,
no dexe vuestra justicia
tal crimen, sin pena.

Bar. Dime,
murió el infiel que origina
mis locos zelos?

Vesm. Señor,
en su postrera agonía,
por la falta de la sangre,
queda, amarrado á una encina
en ese bosque.

Bar. Logré
con sus dos infames vidas
mi venganza: ya sin sustos,
Vesmer, mi pecho respira.

Vesm. Y no sabré yo la causa
que á tal estremo os obliga?

Bar. No sabes que á esa Holandesa
fiera, quanto peregrina,
amaba?

Vesm. Sí, Señor.

Bar. Sabes
quán ingrata á mis caricias
se mostró siempre?

Vesm. Era honesta.

Bar. Sabe ahora pues, que su misma
resistencia me conduxo
á la accion mas atrevida,
y abominable. Gané
con dádivas exquisitas
á una criada, y oculto
en el quarto de Adelina
una noche, pretendí
robar su honor.

Vesm. Qué perfiidia! *Aparte.*

Bar. Pero su entereza al fin,
y la gente que acudia
á sus voces, malograron
la ocasion que apetecia.
Supe despues, que esa infiel
despreciaba mis caricias
por el ilícito trato
que con Ulrico tenia;
y recelando yo que él
manifestase algun dia
al Emperador, mi culpa,
determinaron mis iras
estorbarlo con la muerte
de los dos. Tuve noticias
seguras, que esta mañana
el infame la traía
á ver los muchos primores
que se hallan en esa Quinta
del Emperador, y al fin,
impelido de mis iras,
vine á vengar sus desdenes,
quanto á asegurar mi vida.
Y pues ya el deseo, todo
lo consiguió á su medida,
salga de mi corazon
hasta la memoria misma
de ese monstruo, y solamente
reyne en él la peregrina
hermosura de Eduarda,
que aunque rústica y sencilla,
sabrá hacer mayor aprecio
de mis caricias continuas.

Vesm. Ah monstruo! Y qué, vos, Señor,
casaros con Adelina
pensabais?

Bar. No.

Vesm. Luego solo
deshonrarla pretendiais?

Bar. No mas.

Vesm. Oh buen Dios! Y acaso
rigor tal mereceria
su honestidad? Perdonadme:
yo juzgo á Adelina digna
de mejor suerte. Su noble
resistencia á las porfias
de vuestro amor, no es ofensa
que así induciros debia
á tal impiedad. Vos sois
cruel, y::-

Bar. Basta; en tu vida
me afees accion, si quieres
estar en la gracia mia.

Vesm. Oh! qué odiosa es la verdad *Ap.*
al malvado!

Bar. Qué decias?

Vesm. Piedades, disimulemos. *Ap.*
Que aunque veo que os obliga
á esta accion vuestro interes,

con todo, es tan inaudita
la crueldad::- No pudierais
darla muerte mas activa
que ésta? Creedme, Señor:
me enternece, y horroriza
el considerar las penas,
las acerbas agonías,
que Adelina ha de sufrir,
si es que vuelve en sí, y registra
el seno horrible en que se halla.
Ella morirá este dia
desesperada, pidiendo
la mas severa justicia
contra vos, al cielo. Acaso,
Señor, hoy admitiria
vuestro amor, pues faltó Ulrico.

Bar. Fuera tarde ya. Oiría
mi corazon con horror
sus cariños. Ya abomina
lo que amaba ayer, y en fin,
fuerza es, para que yo viva
sin sustos, que ella perezca.

Vesm. Quéimpiedad! Bien es que finja,
por no hacerme sospechoso. *Ap.*
Muera, pues, con una activa
ponzoña, ó al golpe fiero
de un puñal: rinda su vida
prontamente, y no padezca
una muerte tan continua:
débaos aquesta piedad
su hermosura.

Bar. La osadía
con que despreció mis ruegos,
y ofertas, la hacen indigna
de mi compasion. Con todo,
porque veas que no dista
la humanidad de mi pecho,
á pesar de quanto miras,
yo lo concedo.

Vesm. Así pienso *Aparte.*
asegurar hoy su vida.
Ahora sí que procedisteis
humano. Mi mano misma
pasará con este acero
Saca un puñal.
su pecho, veces distintas,
porque antes muera.
Quiere dirigirse á la gruta.

Bar. Detente;
que no han de sufrir mis iras
que otro sea quien las vengue;
dame ese acero, y camina.

Vesm. Ved, Señor::-

Bar. No me detengas.

Vesm. Yo apresuré de su vida *Ap.*
el término.

Bar. Sígueme;
pero tente, que en la Quinta
se oye gente, y no conviene
que nos vean.

Vesm. Harta dicha *Aparte.*
fué, que este acaso viniera
á diferir su ruina.

Bar. Ven, porque ver á Eduarda
mi corazon determina
mas tarde: ella ocupe el sitio
que aquesta Holandesa esquiva
perdió; pero tiemble Eduarda
el mismo fin, si no cuida
de rendirse á mi deseo,
á mi amor, y á mis caricias.

Vesm. Ah monstruo! Quán ciegamente
á tu perdicion caminas!

Bar. Qué esperas? *Vase.*

Vesm. Ya voy: buen Dios,
tú un medio cierto me inspira,
para sacar del peligro
á la infeliz Adelina,
y hacer que hallen el castigo,
de este monstruo las perfidias. *Vas.*

Abren segunda vez la puerta de la Quinta, y sale Eduarda en trage humilde de Aldeana.

Eduard. Tampoco esta aquí. Sin duda
se fué á esa fuente vecina
por agua. Sí: oh qué buen padre.
me dió el Cielo! Quál se mira
en los ojos de Eduarda!
Qué voluntad tan sencilla,
y tierna me muestra! Ah!
si me amáran con la misma
los hombres, ¡ quán sin peligro
mi corazon amaria
tambien! Todas quantas veces
aquí empleada me mira
en servir á los criados

de labor, que en esta Quinta
tiene el Baron, hilo á hilo
cae el llanto á sus mexillas:
ayer, no pudiendo ya
encubrir su mal, decia:
Ay, Eduarda, que poco
esperaban mis desdichas
verte en tan triste y humilde
situacion! Estas fatigas
no son á tu nacimiento,
conformes. Por causa mia
padeces tú. Y con el llanto
mas amargo, de mi vista
se apartó, dexándome
confusa y sobrecogida.
Desde mi mas tierna edad,
me veo en aquesta Quinta
sirviendo al Baron de Croix
su dueño; siempre unas mismas
conveniencias he tenido;
Con que no sé, por qué diga
mi Padre, que no es conforme
la ocupacion de su hija
á su nacimiento. Pero
él viene aquí, Voy aprisa

Corre precipitadamente á encontrar á Fabricio que sale por la derecha.

á quitarle el cantarillo.
Padre mio. *toma el cantarillo.*

Fab. Hija querida,
por qué tan temprano dexas
el lecho?

Eduard. Porque me insta
mi obligacion, y es la hora
en que menos las fatigas
se sienten; luego el calor
Padre mio, me atosiga
tanto, que:::-

Fab. Amada Eduarda
lo creo; todo es desidia
y floxedad, en las horas
del calor. Vaya, hija mia,
ahí te traigo el cantarillo
lleno de agua. A la cocina
le lleva tu, que á mí ya
me pesan los años, hija.

Eduard. Si, Señor. Harto lo lloro.
sentaos aquí por mi vida,

le ayuda á sentar en el banco, y le limpia el sudor.

y con este suave lienzo
os limpiarán mis caricias
el sudor del rostro.

Vase, llevando el Cantarillo.

Fab. Oh, Dios
quánto mis penas alivia
el ver su virtud! Apenas
hallo en mi Eduarda querida
cosa reprehensible. Siempre
obediente á la voz mia
la veo, siempre gustosa
con su suerte, se lastima
solo de la de su padre;
Me ama tierna, y sus sencillas
caricias, llenan mi alma
de la mayor alegria;
en fin, es de mi primera
esposa, una copia viva.

Vuelve á salir Eduarda, conduciendo en un canastillo un plato con alguna vianda, una servilleta, pan, una botella y vaso.

Eduard. Padre mio, en esa peña
podreis gozar las delicias
del campo, y desayunaros.
Aqui os traigo de la misma
perdiz que anoche cenasteis,
un trozo.

Fab. Eduarda mia,
te lo estimo, porque estaba
bien sazonada, y muy rica.

Eduard. Pan, y vino; y si quereis
alguna fruta::- *come Fabricio.*

Fab. No hija;
para que mi edad cansada
algun trabajo resista,
esto basta.

Dent. Ulr. Favor, Cielos!

Fab. Quién en estas cercanías
se lamenta así? *sobresaltado.*

Eduard. Yo creo,
que el bosque la voz envia.

Dent. Ulr. No hay quien me socorra?

Fab. Espera,
que en el bosque es por mi vida,

Hija, á socórrerle vamos.
la da el plato, y la servilleta, y se levanta.
Eduar. Padre, ved que en él habitan
algunos facinerosos,
y nuestras vidas peligran,
si nos hallan.
Fab. Cómo puedo
negar lo que solicita
ese infeliz? No, yo voy;
Mas por si se necesita,
me llevaré la escopeta.
Entra por la puerta saca una escopeta, y la registra.
tú quédate aquí, hija mia,
mientras yo recorro el bosque,
y veo quien origina
nuestra confusion. *Vase.*
Se entra por lo interior del bosque, y Eduarda dice agitada.
Eduard. Ay triste!
Quien será el que se lastima
de ese modo? Yo no puedo
aplacarme un punto, á vista
de este acaso! Si mi padre
peligrará? Si serian
aquellas voces, cautela
con que algun traidor maquina
atraer los pasageros
para robarles? Me agitan
estos discursos. Mi Padre
ya se ha perdido de vista
en el bosque. Qué será?
Yo voy tras él; si peligra,
gritaré, ya que no pueda
darle favor.
Fab. Hija, aprisa
ven, no tardes.
Eduard. Oh, Dios! Padre!
Con este medio verso que dice sobresaltada, corre precipitadamente ácia el bosque, á tiempo que de sus entrañas va saliendo Fabricio, que conducirá á Ulrico entre sus brazos como muerto, sin sombrero, ni espada, el rostro, y el vestido ensangrentado, Eduarda le ayuda, y entre los dos le conducen á la Scena.
Fab. Qué Scena tan compasiva!
Hija, ayudame; llevemos
entre los dos á la Quinta
este bello joven.
Eduard. Padre,
su aspecto me atemoriza.
Qué crueldad! Todo el rostro
trae ensángrentado.
Fab. Hija,
sin duda algunos traidores,
con crueldad nunca vista,
le asesinaron.
Eduar. Y qué,
el Cielo no los castiga?
Fab. Si lo hará, que no hay un crimen
exênto de su justicia.
Eduar. Sentémosle aquí, y veamos
si ha muerto ya.
Fab. Qué desdicha!
sentémosle. Mas qué noto?
le sientan y Fabricio le pulsa
Pulsos tiene: Oh qué alegria!
tenle tú, Eduarda, y yo
traeré en úna basija
un poco de agua. De gozo
no estoy en mí. *Se entra.*
Eduard. Enternecida
me tiene su suerte. Un Joven
tan gallardo merecia
esta impiedad? Den los Cielos
la pena mas grave, y digna
á esta culpa atroz.
Eduarda le quita la sangre del rostro con un lienzo, y sale Fabricio observándola, trayendo un vaso con agua y unos paños.
Fab. Aquí
hay agua. Me regocija
el ver, Eduarda, cómo
la humanidad exercitas.
Vaya, rociale el rostro
con ella, miéntras yo aprisa,
con estos paños, atajo
la sangre de sus heridas.
hacen lo que han dicho los versos.
Ulr. Ay de mí!
Fab. Buen Dios! en sí
va volviendo. Ya suspira:

Ya abre los ojos; Eduarda,
qué júbilo!

Ulrico va volviendo en sí, y despues de hacer lo que han dicho los versos mira con suspension á Fabricio y Eduarda: registra con admiracion toda la Scena, y al reconocer su vestido ensangrentado, da otro suspiro, clavando los ojos en el Cielo, y dice con voz desmayada y moribunda.

Ulr. Sea bendita
la piedad del Cielo. Amigo,
sois vos, quien en la agonia
de mi muerte, aquí me traxo?

Fab. Sí, Señor: entre mi hija
y yo os sacamos del bosque,
donde amarrado á una encina
estabais, y en nuestros brazos
os tragimos á esta Quinta
sin sentido, y temerosos
de que estuvierais sin vida.
Hicimos quanto en los casos
como éste, á qualquiera, dicta
la humanidad, y ya os vemos
respirar.

Ulr. Sí; y la infinita
bondad de Dios, por mí os pague
una accion tan compasiva.

Eduard. Sí hará; cuidad vos ahora
de aliviar vuestras fatigas
solamente. En esta casa
hallareis una sencilla
voluntad, todo aquel tiempo
que de nuestra compañia
goceis: Mi buen padre y yo
os cuidaremos.

Fab. Sí, hija,
y hallará en su obsequio, quanto
nuestra pobreza permita.

Ulr. Lo creo, sí. Qué virtud
tan amable! Estas heridas
penetrantes me conducen
al Sepulcro.

Fab. No os aflija
esta idea, que aunque no hay
en aquestas cercanias
Médico, ni Cirujano,
un pasagero, hace dias
que se hospedó aquí una noche,
y en recompensa debida
á mi agasajo, me dió
un bálsamo de exquisita
virtud, para heridas frescas;
y así apliquemosle aprisa
á las vuestras, y esperemos
su efecto con alegria.

Ulr. O qué piedad! Por qué Cielos *Ap.*
si son de una fuente misma
las almas, han de tener
propensiones tan distintas
unas de otras? No tuvieron
un Autor, si bien se mira
estas, y la del Varon?
Pues en qué, dudas, estriva,
que sean estas piadosas,
y la suya tan iniqua?

Fab. Qué pensais?

Ulr. Nada, Señor;
Ah traidor! Ay, Adelina *Ap.*
infeliz! víctima fuiste
del poder, y la perfidia.

Fab. Hija, ayúdame á llevarle, *le*
pues tanto lo necesita (*levantan*
su flaqueza; y entretanto
que vuestra salud perdida
cobrais, pidamos al Cielo.

Los 2. Que alivie vuestras desdichas.

Parten, llevando entre los dos á Ulrico: cierran la puerta de la Quinta. Salen por la izquierda Leopoldo con uniforme de Coronel Aleman, y Vincart con el de Subalterno, con escopetas.

Leop. Vincart, soy de este dictamen;
el Rey, quando no exâmina
por sí, estas cosas, se expone
á errarlas todas. Ya miras
quan basto es mi Reyno, y quántos
se encuentran por orden mia
gobernándole; entre todos
no habrá alguno, que por miras
particulares olvide
su obligacion? Fuera dicha
que uno hubiera solamente,
Vincart. Pues dí, qué afligidas
no estarán aquellas gentes
que baxo las leyes vivan

de

de este Juez perverso? Quántas
extorsiones, su desidia,
ó impiedad les causará!
Ah, qué dolor! Infinitas.
Y quién, si el Rey no las oye,
hará á sus quejas justicia?
ninguno, porque es muy rara
la queja, que en la excesiva
distancia de su pobreza,
á la Magestad invicta,
no se extravia, ó se pierde;
y aunque sea muy benigna
la idea del Rey, dirán
que es sola su tiranía,
causa de aquellos absurdos.
Pues con qué amor y caricia
le han de mirar sus vasallos?
Ah! No Vincart; no permita
el Cielo, que mis queridos
Imperiales, miéntras viva,
aborrezcan á Leopoldo.
El premio de las fatigas
que paso por remediar
sus trabajos y desdichas,
es el mayor. Quántas veces
en la cabaña sencilla
entré como pasagero,
y á mis ojos bendecian
mi piedad? Con qué ternura
les oia yo! No estima
mi corazon el Imperio
tanto, como estas sencillas
alabanzas. Mis vasallos
me quieren bien, y me obligan
á procurar mas, y mas
su paz y alivio.

Vinc. Me admira *Ap.*
tanta virtud, en edad
tan temprana.

Leop. Esta es la Quinta
del Baron de Croix; en ella::-
pero no; mejor te digan
estas cartas mis intentos.

Saca unas cartas.

Lee. Espero que acredite V. M. la amistad que me profesa, haciendo buscar en sus Reynos al Conde de Erbrik mi vasallo, pues se sabe que vive en ellos oculto, desde que falta de mi servicio. Es mi intento reconciliarle con su Esposa, á quien sin culpa ha abandonado, y evitar así, que viva la opinion de entrambos marchita, por una fuga tan inesperada.

Jacobo segundo firma,
como Rey de Inglaterra,
desde Holanda.

Lee otro pliego. Eleonora, Duquesa de Toninga, Condesa de Ebrik, suplica á V. M. se digne proteger con su autoridad esta causa.

Aquí ella misma
refiere la injusta causa,
con que quiso el Conde, un dia
darla muerte; que de Holanda
huyó, y que tiene noticias
seguras, que en Alemania
vive oculto. Me suplica
lo que Jacobo, y es justo
que en quanto pueda, la sirva.
Los efectos que hasta ahora
han surtido de mis vivas
diligencias, son aquestos.

Lee otro pliego. En conseqüencia de la comision secreta que V. M. se ha dignado poner á mi cargo, he practicado las mas eficaces y prontas diligencias, ofreciendo premios á los Jueces Ordinarios de los Estados Imperiales, si su zelo descubria el paradero del Conde Erbrik. Hasta ahora la noticia que tengo mas favorable á los piadosos deseos de V. M. es, que en la Quinta que tiene el Baron de Croix, á seis millas de Viena, en el bosque de su nombre, se halla mayoral de sus ganados, un anciano de setenta, á setenta y quatro años de edad, con todas las señas que V. M. me inserta en su última Orden. Hay quien dice que es Holandes, y que hace diez y nueve años que falta de su Corte. Lo comunico, &c.

Ya al menos esta noticia,
me da algun indicio, y puedo
entrando luego en la Quinta

con este disfraz y el solo
pretexto de la fatiga
de la caza, exâminar,
con una traza exquisita
al Mayoral.

Vinc. Y si acaso
es en ella conocida,
vuestra persona?

Leop. No importa:
con este disfraz que miras,
será facil que presuman
que soy (como cada dia
sucede) muy parecido
al Emperador. No fia
mi zelo, de otro, una empresa
de tanto interes. Estriba
en su acierto, la union justa
de dos almas sumergidas
tantos años, en un mar
de amarguras y desdichas.

Vinc. Teneis razon. Yo me acuerdo
de haber oido infinitas
veces, la temeridad
del Conde Erbrik. Sus mentidas
sospechas injustamente
causaron tanta ruina
á su fiel esposa. He oido
que su virtud la hizo digna
de la compasion de todos,
y que corrió peregrina,
la Europa en su busca.

Leop. Ah,
qué accion tan noble! Ella misma
publica bien su inocencia;
pues si viéndose ofendida
del Conde, le ama, y le busca,
¿quién duda que le amaria
mas, antes que le ofendiera?
Ya con mas fuerza me insta
mi piedad á procurar
todo su bien. Ve, y avisa
á mi gente que se vuelva;
pues ya que tan poco dista
de aquí Viena, podemos
tomar postas.

Vinc. No replica
mi humildad.

Leop. En este monte
me hallarás; que pues me brinda
el fresco de la mañana,
por aliviar las fatigas
del gobierno, quiero un rato
pasar cazando.

Vinc. Tu vida
guarde el Cielo. Admire el mundo
juventud tan peregrina. *Vase.*

Vincart parte por la derecha, y el Emperador por el centro del bosque. Cae un telon que represente un zaguan de casa de campo, con algunos haces de leña é instrumentos de labranza figurados. Á la punta del tablado ácia la izquierda habrá una trampa de un sótano, que se abrirá á su tiempo. Eduarda sacará una silla, y Ulrico saldrá apoyado en Fabricio, que le sentará en ella.

Fab. Qué en fin ¿os sentís mejor
con la simple medicina
del bálsamo, que os he puesto?

Ulr. Sí, Señor: se me mitigan
por instantes los dolores
vehementes que padecia,
pero me siento muy debil.

Fab. Descansad: en esta Quinta
recuperareis en breve
todas las fuerzas perdidas,
si haceis quanto yo os dixere.

Ulr. Y es?

Fab. Olvidar unos dias
vuestras penas, y entregaros
al júbilo que aquí habita.

Ulr. Ah! que son para olvidadas,
Señor, muchas mis desdichas.

Fab. No lo creais; todas ellas
son unas bastardas hijas
de nuestra aprension, de modo
que solo, si bien se mira,
por desdicha reputamos
todo aquello que origina
al alma algun sentimiento;
luego vendria á ser dicha
la desdicha, si supiéramos
sacar de ella la alegría,
y no el pesar. Vedlo claro:
de todas las yerbecillas

amargas no hace la abeja
el mas delicado almibar?
Del cáustico mas atroz
no saca la Cirugía
el lenitivo ; y en fin,
la admirable medicina,
de los venenos activos
no compone la mas fina
triaca? Pues por qué el hombre
no podrá, si bien se mira,
con mayor razon, sacar
las dichas, de las desdichas?

Ulr. Porque aunque la razon sabe
la senda mas recta y fixa,
para llegar de una á otra,
el corazon la extravía
muchas veces, mas contento
con el mal, que con la dicha;
y en fin, honrado Fabricio,
siento que vuestras sencillas
ofertas se empleen hoy
en quien no puede admitirlas.
Yo he de partir á la Corte
hoy mismo.

Eduard. Qué oigo, ansias mias! *Ap.*
si se va, se acaba en mí
el placer, con que le miran
mis ojos.

Fab. Hoy á la Corte,
quando apenas en la silla
os podeis tener sentado?

Eduard. No, Señor; muy mal haria
mi buen padre en permitir
tal arrojo. Las heridas
son penetrantes, y estais
muy debil aún.

Ulr. Sí; pero
mi honor y mi riesgo me instan
á partir. Sinceramente
confieso, que en compañía
de los dos, sería Ulrico
muy feliz; pero las dichas
van huyendo comunmente
del que estimarlas sabria,
y buscan á quien apenas
sabe lo que goza. Admita

Ahora saldrá un criado de la Quinta con una talega de trigo acuestas, y Fabricio le ayuda á baxarla por la boca del sótano, cuya puerta abre.

vuestra bondad::- (qué hermosa es!)
Eduarda, mi sencilla
voluntad, y una palabra.

Eduard. Quál?

Ulr. Que volveré á esta Quinta
muy presto.

Eduard. Ah Señor! si os vais
no volvereis en la vida
á acordaros de nosotros.

Ulr. Por qué?

Eduard. Porque las heridas
se os curarán, y curadas,
olvidareis con mas prisa
á quien debisteis la cura,
que á quien causó vuestra ruina.

Ulr. Y lo sentiriais?

Eduard. Ah
Señor! Sí lo sentiria?

Ulr. Pues qué me amais?

Eduard. Sí, sí, os amo::-
Qué es lo que digo, desdichas? *Ap.*
Yo estoy loca.

Ulr. Oh qué ventura!
Y me amais mucho?

Eduard. Reprima *Ap.*
mi amor lo que siente, puesto
que en los principios se mira.
Os amo, con el extremo
que las almas compasivas
aman á los desgraciados.

Ulr. Se engañó mi fantasía. *Ap.*
No mas, Eduarda?

Eduard. Qué, es poco?

Ulr. Sí, porque si bien se mira,
dexareis de amarme, luego
que se acaben las desdichas.

Eduard. Claro está.

Ulr. Pues quiera el Cielo
que no tengan fin las mias.

Eduard. Por qué?

Ulr. Porque no le tenga
vuestro amor.

Eduard. No; las heridas,
que son las que aquí me hicieron
hoy con vos tan compasiva,
se os curarán presto.

Ulr. Y qué
curadas, me olvidariais?
Eduard. Como que cesó la causa,
los efectos cesarian.
Ulr. Eso no es amarme á mí.
Eduard. Quién acaso lo decia?
Ulr. Mi deseo.
Eduard. Ah! pues él solo
os ha engañado este dia.
Ulr. Pues si no me amais, por qué
no quereis que de la Quinta
me ausente?
Eduard. Porque no estan
bien curadas las heridas,
y me compadeceis mucho.
Ulr. Ah, sois vos muy compasiva::-
Eduard. Claro está.
Ulr. Pero muy ingrata.
Eduard. A quién?
Ulr. A mí.
Eduard. Pues por dicha
qué os debo yo?
Ulr. Qué? una fe::-
Eduard. Cómo::- Permitid que os diga
que estais engañado, Ulrico,
pues ni he visto por mi vida,
ni recibido tal fe.
Ulr. En aqueso mismo estriba
la ingratitud.
Eduard. Y si acaso
la admitiera, lo sería?
Ulr. No.
Eduard. Pues digo que::-
Ulr. Decid.
Eduard. Qué:-que no puedo admitirla:
corazon mucho resistes. *Ap.*
Pues claro está que querriais
tambien vos, que os la pagara,
despues de verla admitida.
Ulr. No, bella Eduarda; os amo
sin esperanza.
Eduard. Sería
muy necia yo en creerlo así.
Ulr. Pues en vuestra mano misma:-
Va á cogerla la mano, y ella la retira.
Eduard. Qué vais á hacer?
Ulr. Juramento
de amaros toda mi vida,
sin pretender mas favor,
que el que me diereis vos misma.
Eduard. Y á qué es cogerme la mano?
Ulr. Es circunstancia precisa
del juramento.
Eduard. Ah, pues no,
no jureis por vida mia;
lo creo, y ::-
Ulr. Qué?
Vuelve á salir Fabricio, y el Criado que parte.
Fab. Perdonad
si os dexé; que el que se mira
con la obligacion que yo,
debe atender á cumplirla.
Ulr. Hicisteis bien; pues yo siento *Ap.*
que volvieseis tan aprisa.
Eduard. Corazon, qué galan es!
Mirando á Ulrico.
Ulr. Oh, con que rubor me mira!
Fab. Y pues ya, gracias al Cielo,
se ve tan restablecida
vuestra salud, referidnos
la causa de las desdichas
que en vos vimos, satisfecho,
de que si importa encubrirlas,
eternamente sabrán
Fabricio y su tierna hija
reservarlas en su pecho.
Ulr. Sí haré; que si bien se mira,
justo es que llegue á saberlas,
quien tambien supo sentirlas.
Sabreis qué::-
Sale el Criado. El Baron de Croix
nuestro amo, viene.
Ulr. Desdichas,
el Baron de Croix?
Sobresaltado.
Fab. El mismo.
Ulr. Oh Dios! *Temblando.*
Fab. Qué causa os obliga
á temblar así?
Ulr. Fabricio,
ya lo sabreis. Ved aprisa
donde he de ocultarme. El Cielo::-
mi horror::- su fiereza misma::-
Fab. Me habeis sorprendido.
Ulr. Vaya,

Fabricio, Eduarda, aprisa::-
Con impaciencia.
Eduard. Padre.
Fab. No sé dónde pueda::-
allí::- pero lo registra
todo el Baron quando viene,
y no discurro::- á fe mia,
que estoy confuso.
Eduard. En la cueba,
por su obscuridad::-
Fab. Sí, hija:
tienes razon. Presto, Ulrico:
aquí el Baron en su vida
baxó, ni aun nosotros mismos
registramos su infinita
concavidad; una estancia
tan sola hacemos que sirva
para almacenar los granos;
en ella::-
Ulr. Sí, nada diga
vuestra voz; ya voy: oh Dios!
me estremezco.
Baxa, ayudado de Fabricio y Eduarda.
Fab. Eduarda mia,
qué tendrá con el Baron,
Ulrico?
Eduard. Yo sorprendida
he quedado al verle. Apenas
le oyó nombrar, de la silla
se levantó; se estremece,
se sobresalta, suspira,
y pierde el color. No visteis
qué temblor le dió?
Fab. Sí, hija;
y todo quanto estoy viendo,
me confunde, y horroriza.
Si acaso::-
Salen el Baron y Vesmer.
Bar. Qué hay, buen Fabricio?
Fab. Que tengais muy buenos dias.
Bar. Qué hermosa estás, Eduarda.
Eduard. Criada vuestra.
Sale el Criado. A la Quinta
llegaron dos Oficiales,
y por vos con mucha prisa
A Fabricio.
preguntan.
Fab. Por mí? Pesares,
qué querrán?
Bar. Parte ya, y mira
qué quieren, mientras que yo
(por si me son conocidas
sus personas) me retiro.
Vase Fabricio.
Ven, y me harás compañía,
Eduarda. *Habla con Vesmer.*
Eduard. Ya obedezco.
Ay Ulrico, tus desdichas
vinieron hoy á quitar
el sosiego al alma mia.
Bar. Hazlo así.
Vesm. Está bien. Oh monstruo,
qué odiosa me es tu perfidia!
Vase por la derecha.
Bar. Amor, no es mala ocasion
para conseguir mis dichas.
Vanse por la izquierda los dos.
Salen por la derecha Leopoldo, Vincárt, y Fabricio.
Fab. Sí, Señor; el dueño es,
como os dixe, de esta Quinta;
pero no obstante, á qualquiera
que aquí llega con la misma
atencion que vos, la ofrezco
yo, como si fuera mia;
y así podeis libremente
pasar aquí las fatigas
del calor, que aunque no halleis
las viandas exquisitas
que en la Corte, por lo menos
se os servirá una comida
curiosa, y bien sazonada.
Leop. Oh! bravo, bravo. Se estima,
buen viejo. Y decidme, aquí
teneis alguna familia?
Fab. Una hija solamente.
Leop. Ah, qué bueno! Y es bonita?
Fab. Quando muy bella no sea,
es virtuosa, y sencilla.
Leop. Vámosla á ver al instante;
que esto de Aldeana, y niña,
son siempre para un Soldado
famosas prerogativas.
Fab. Esperad, no os molesteis,
que ella saldrá á la voz mia.
Leop. Presto, presto, que ya estoy
im-

impacionte yo.
Vinc. Que finja *Ap.*
tan bien el Emperador.
Fab. Al punto. Eduarda. Niña.
Leop. Ola : Eduarda se llama?
Fab. Sí, Señor.
Leop. Qué peregrina
Holandesa de su nombre
amé yo! Qué alegres dias
dió su padre al Regimiento!
Qué banquetes! Qué comidas!
Qué bailes! Toda la Corte
alborotada tenia
el viejo; pero Eduarda::-
vaya, era la mas divina
muger del mundo. Qué ojos!
qué nariz! y qué boquita
tan delicada! Pues digo,
el talle, el talle; podia
caber en un puño.
Fab. Cielos, *Ap.*
es hombre, ó es taravilla?
Leop. Viene la niña, ó no viene?
Enseñadme la cocina
que yo iré á verla: mas tate,
Dentro un tiro, y se suspenden todos.
que aquese tiro publica
que hay alguna caza dentro,
y quien la caza persiga.
Dentro Eduard. Padre mio?
Fab. Oh Dios! Señores,
seguidme: alguna desdicha
la sucede á mi Eduarda.
Dentro Eduard. Padre?
Fab. Hija. Vamos aprisa.
Vanse, y Vincart.
Leop. Vamos, y hasta conseguir
las ideas que medita
mi corazon, deme el Cielo
constancia, ardides, y dicha.

ACTO SEGUNDO.

El Teatro representará el interior de una gruta, llena de peñascos sin orden, y figuradas en varios parages de ella, algunas fieras dormidas, que hagan mas espantosa la Escena. En lo interior de la izquierda, habrá algunos peñascos formando una pequeña elevacion, en la que se descubre una grieta, que es tránsito para la otra parte de la gruta. La Escena será enteramente á obscuras, y se dexará ver á Eleonora tendida en el suelo, el cabello sin compostura, el rostro ensangrentado, y el vestido despedazado, como trastornada de dolor. Sale por la grieta Ulrico, y descenderá con estos versos al Teatro poco á poco.

Ulr. Apenas en parte alguna
me parece que me miro
seguro, de los rigores
del cruel Baron. Qué sitio
tan lóbrego y espantoso!
Peñas escarpadas piso
solamente; en cada paso,
pienso hallar un precipicio.
Ni aun un destello de luz
por parte alguna percibo,
que guie la planta. Ah monstruo,
quánta clase de martirios
me hace pasar la memoria
de tu impiedad!
Eleonora vuelve en sí; registra con espanto el Teatro, da un profundo suspiro, y dice llena de dolor.
Eleon. Bendito
sea el Señor, que probar
así mi constancia quiso.
Qué estancia tan pavorosa
es esta, en que de continuo
vive la noche? Sin duda
el sepulcro es, que previno
la maldad á mi constancia:
pues séalo. Mi afligido
corazon cansado está
de amarguras y conflictos:

años há que no vió el rostro
á la paz, ni el regocijo
un instante, y le será
dulce la muerte; ella miro
que es el fin de nuestros males;
pues llegue, llegue, Dios mio,
la mia, y con ella acabe
el tropel de mis martirios.

Ulr. Cielos, qué funestas voces
llegaron á mis oidos?
todo me asombra.

Eleon. Qué en vano
pienso buscar el camino,
de salir de esta horrorosa
mansion! Aquí mi destino
me conduxo, para ser
lastimoso sacrificio
de mi desesperacion.
Para mi sepulcro se hizo
esta triste estancia; solo
me parece que diviso
fieras hambrientas, que llegan
á devorarme. No miro,
por qualquier parte que vuelvo
los ojos, sino conflictos,
y angustias. Mi dulce esposo
no tendrá mas el martirio
de verme, ni yo el consuelo
de dar el aliento mio
en sus brazos.

Ulr. Toda el alma
su llanto me ha conmovido.
Válgame Dios! Quién será,
ó por dónde habrá venido
á esta estancia? Con qué causa
estará en tan triste sitio
padeciendo? No, yo llego,
por si es que puedo inquirirlo,
y consolarla. Muger,
cuyo llanto ha enternecido
mi corazon::-

Eleon. Ay de mí!

Ulr. Quién eres? Cómo has venido
hasta aquí? y por qué te quejas
ahora de tu destino?

Eleon. Para qué, monstruo inhumano,
lo preguntas, si tú mismo
me has sepultado aquí viva?

Ulr. Yo? me estremezco de oirlo
solamente. Haber puede
un corazon tan iniquo,
y cruel?

Eleon. Luego no eres
cómplice en este delito?

Ulr. No.

Eleon. Luego no me conoces?

Ulr. No.

Eleon. Qué he escuchado, Dios mio!
Luego podré confiarte
mis males, y aun el alivio
esperar de tu nobleza?

Ulr. Sí.

Eleon. Pues dime ya, qué sitio
es este, donde la noche
viviendo está de continuo?

Ulr. Solo sé, que es una cueba,
donde guarda sus ópimos
frutos un buen Mayoral
del Baron de Croix.

Eleon. Qué he oido?
Y sois del Baron, criado?

Ulr. No; pero de huesped vivo
en la Quinta, adonde da
la entrada de aqueste abismo.

Eleon. Bien es que yo le disfrace *Ap.*
este suceso. Pues miro
en vuestras palabras, hombre,
(seais quien fuereis) indicios
de vuestra piedad, sabed,
que un poderoso atrevido
me conduxo aquí, rendida
á un amargo parasismo,
para triunfar de mi honor
sin duda, y dar al delito
de su infamia, en esta gruta
sepulcro eterno, conmigo:
presto volverá sin duda
á efectuar sus designios
detestables; y pues vos
podeis ahora impedirlos,
sacándome de esta estancia,
hacedlo, yo os lo suplico,
como muger la mas triste,
y desgraciada.

Ulr. Buen Dios,
qué exêcrable accion! corrido

es-

estoy, de que un racional
proceda así: me horrorizo
de escucharlo. Si el Baron::-
no lo dudaré, es iniquo;
es suya esta Quinta, y nadie
pudiera haberla traido
hasta aquí, sin orden suya. (tra

Eleon. Qué os suspendeis? La alma vues-
podrá hacerse á mis martirios
insensible?

Ulr. No, Señora.
Válgame Dios, si Fabricio *Ap.*
será cómplice en un hecho
tan exêcrable? Su digno
corazon::- No, no es creible.

Eleon. Qué deliberais?

Ulr. Conmigo
venid, Señora: este seno
pavoroso de improviso
dexemos. Vuestras desdichas
hallarán seguro asilo
en la virtud de un anciano,
que habita esta Quinta. El mismo,
y su hija (que es hermosa,
como sencilla) confio
que disiparán en breve
vuestros males.

Eleon. Oh! propicio
se muestre el Cielo esta vez,
á mis infortunios.

Ulr. Digo
que si: no desconfieis:
ojalá lo hubiera sido *Ap.*
tanto para la virtud
de Adelina. Su destino
se ignorará para siempre.

Eleon. Qué igual es á la de Ulrico
su virtud! Ay triste joven! *Ap.*
tu memoria de continuo
cubrirá mi corazon
de amargura.

Ulr. Qué afligido
está vuestro corazon!

Eleon. Soy desdichada.

Ulr. Ah! no vino
á hallaros aquí un dichoso,
Señora, que á fe de Ulrico::-

Eleon. Sto. Dios, qué es lo que escucho!
Cómo os llamais?

Ulr. No os lo ha dicho
ya mi voz?

Eleon. Que, por ventura
sereis vos, quien tanto alivio
dió á la infeliz Adelina
en sus trabajos?

Ulr. El mismo:
y quién hoy sus desventuras
siente, con el mas activo
dolor. Vos la conociais?

Eleon. Pues él no me ha conocido, *Ap.*
quiero fingir. Profesé
con ella el mas dulce y fino
lazo de amistad. Me consta
quánto á vos os ha debido,
y quánto en su corazon
os lo agradece.

Ulr. Ah, qué juicio!
qué honestidad! qué virtud
la de Adelina! El destino
la persigue injustamente,
Señora. No ha merecido
su corazon, la amargura
con que ha vivido. Impropicios,
ó incomprehensibles los Cielos,
conceden á los impíos
el placer, y dan al justo
el pesar de que no es digno.
Vos, que á fondo la tratasteis,
sin duda habreis conocido
las preciosas qualidades
de aquella alma. Yo he perdido
en Adelina la gloria
mayor del mundo. Si vivo
muchos años, no habrá instante
en que mi honesto cariño
no renueve su memoria
con triste llanto.

Eleon. Qué oido?
Pues qué, donde está Adelina?

Ulr. Ah Señora! Ya habrá sido
victima de otros furores
á estas horas.

Eleon. Cómo, Ulrico,
si yo la ví, y hablé anoche?

Ulr. No sé; solo sé deciros,
que hoy fué el dia mas infausto
pa-

para Adelina. La he visto
entre las garras de un tigre,
sin poderla dar alivio
de modo alguno. A mis ojos
la hurtó fiero, y ya imagino
que la habrá despedazado.

Eleon. Tal vez no: los Cielos mismos,
que al parecer, inhumanos,
nos presentan los conflictos,
para que reconozcamos
nuestra flaqueza, benignos
despues, nos suelen sacar
de los mayores peligros.
Adelina estará viva
y aun tal vez, adonde Ulrico
no creyera.

Ulr. Ah! no lo espero.

Eleon. Lo esperareis, si yo os digo,
que la he visto libre?

Ulr. Quándo?

Eleon. Despues que la habeis perdido.

Ulr. Qué decís? adónde está?
vamos á buscarla. El juicio
perderé, si vuelvo á verla,
de alegría.

Eleon. Ah honesto Ulrico! *Ap.*
con la amistad mas sincera
premiaré yo tu cariño.
No me atrevo á declararme,
porque el placer improviso
no le mate. Vamos pues,
que brevemente confio
veais á Adelina.

Ulr. Ah!
ella, y el amable hechizo
de Eduarda, serán hoy
mi bien, y el único alivio
de mis desgracias. Venid,
venid, Señora, y rendidos,
humildes y alborozados,
pues tal piedad le debimos,
digamos llenos de fe,
de amor y de regocijo:
Buen Dios::-

Eleon. Centro de piedades::-

Ulr. Pues teneis para el impío
castigos::-

Eleon. Y para el justo
premio equivalente y digno::-

Los dos. Distribuya vuestra mano,
Señor, premios y castigos.

Lleva de la mano Ulrico á Eleonora por la grieta, y se descubre el zaguan con la boca de la cueba, y salen Fabricio y Leopoldo.

Leop. Con que, Fabricio, decidme,
quál fué la ocasion del tiro
que escuchamos?

Fab. Señor, solo
(segun Eduarda dixo).
haberla instado el Baron
que con el fiero estallido
de una pistola, acabase
de matar un corzo herido,
que desde un balcon, miraban
baxar de ese montecillo.
Bien que yo en su sobresalto *Ap.*
otra causa he discurrido
mayor, que espero sacar
de su corazon sencillo.

Leop. Pues yo, luego que dixisteis,
que se hallaba en aquel sitio
el Baron de Croix, no quise
que me viera. Y pues salimos
del susto, y él de la Quinta,
segun decís, ha partido,
sentémonos, y aquí un rato
pasaremos divertidos
en buena conversacion.

Fab. Como gusteis: no replico.

Se sientan.

Ay honor, qué delicado *Ap.*
nuestra ceguedad te hizo!

Leop. Sobre qué la emprenderemos?
Sobre el amor? desatino:
sois viejo ya, y no es materia
para viejos carcomidos.
De guerras? menos: pues vos
en este humilde exercicio,
no sabreis mas que cabar,
segar y trillar. Mas chito,
ya me ocurrió: habeis viajado?

Fab. Si es que la verdad os digo,
de Holanda aquí solamente.

Leop. Te pesará haberlo dicho. *Ap.*
Oh, bravo! Ya para rato

te-

tenemos aquí, Fabricio,
porque yo tambien la Holanda
de cruz á fecha he corrido.
Gran clima! Y qué buen gobierno
el de aquel Reyno! Le envidio
ciertamente; porque aquí
nuestro Emperador, es niño,
poco zeloso, y::-

Fab. Despacio
Señor Coronel. Yo he oido
hablar muy distintamente
del Emperador. Le admiro,
y quiero como vasallo;
y riñera, vive Christo,
con mi padre, si á ultrajarle
llegára. No; yo os suplico
que hablemos de otra materia,
ò no hablemos:

Leop. Ah! ah! lindo!
Me gusta ver al buen viejo
de valiente revestido.

Fab. De valiente no; de amante,
y fiel al Rey, me revisto.
Ni honor, ni rentas le debo;
pero le debo este mismo
respeto que le tributo,
por su caracter divino.

Leop. No son estas expresiones *Ap.*
de un mayoral; yo prosigo
con mi cautela. Y decidme,
habeis á Leopoldo visto
alguna vez?

Fab. No Señor;
ni de este campo he salido
desde que vine de Holanda.

Leop. No es este muy mal principio.
Haceis bien; con otro gusto (*Ap.*
fuerais á Holanda. Os afirmo,
que no es mi patria, y la tengo,
pasion. Ah! qué divertido
viví allá, el tiempo que estuve
con licencia! Quánto no hizo
por obsequiarme Virsof
el Capitan! Oh! es amigo
de los mejores! Qué lance
tan ruidoso contó él mismo
que le sucedió. Ya al rostro *Ap.*
van saliendo los testigos.
Le supisteis, por ventura?
todos discurren con juicio,
que el Conde de Erbrik fué un loco,
y temerario. El delirio
de sus zelos, le arrastró
aun hecho bastante indigno,
y vergonzoso.

Fab. Ah, Señor,
que vos hablais como amigo
del traidor Virsof! El dió
muy suficiente motivo
al Conde, para el exceso
que cometió! Su honor mismo
le induxo á vengar su afrenta
con la muerte, que ofendido,
dió á su esposa infiel.

Leop. La muerte?
vaya, vos soñais, Fabricio,
que Eleonora la Condesa
vive.

Fab. Cómo? Marmol frio *Ap.*
he quedado. La Condesa
vive?

Leop. Sí, y aun he sabido
que en busca del Conde, va
peregrinando los sitios
mas remotos de la Europa.
Mal empleado cariño
en un hombre tan cruel,
y perverso.

Fab. Suspendido
he quedado. Sabeis vós
con certeza (me horrorizo
de pensarlo) que Eleonora
está viva.

Leop. Sí; mas digo,
parece que la noticia,
Fabricio os ha sorprehendido.

Fab. Enmendar quiero el efecto *Ap.*
de mi furor. Sí, os afirmo
que me sorprehende; y qué extraño;
quando por cierto se dixo,
que su Esposo la dexó
muerta á estocadas?

Leop. Qué he oido! *Ap.*
Y qué, vos los conocisteis?

Fab. Tuve el honor de servirlos
mucho tiempo.

Leop. No me engañas. *Ap.*
No en vano habeis defendido
la temeridad del Conde.
Fab. Sí, Señor; sé los motivos
que Virsof, y su alevosa
muger dieron repetidos
á mi Señor; sé tambien,
que á entrambos les reconvino
prudente, y que despreciaron
su reconvencion. Me irrito
al acordarlo. Todo esto
lo he presenciado yo mismo;
Y si algun traidor pretende
oponerse á lo que digo
salga al campo, y á estocadas
le hará confesar lo mismo
mi valor, pues si yo::-
Leop. Ya *Ap.*
claro su furor me ha dicho
quien es.
Fab. Perdonad, Señor,
que la fe con que he servido
al Conde, me ha enagenado
de este modo.
Leop. Sí; é imagino
que ni aun el Conde se hubiera
como vos enardecido
en esta ocasion. No se hallan
muchos criados, tan finos
como lo sois vos del Conde.
Fab. Si Señor, mucho le estimo:
y como sé là justicia
que le asiste, no permito,
que afee alguno, una accion
tan noble; pero imagino
que si yo viera:::- qué es ver,
si llegará á presumirlo
no mas, de mi Esposa, airado,
sangriento, y enfurecido,
con las manos, y los dientes
despedazará en el sitio
de la infamia el corazon
que dió á mi afrenta motivo.
Leop. Me gusta, á fe de Derson,
el ver como el buen Fabricio
se enfada; por lo que ni á él,
ni á mí nos importa un pito.
Que Virsof la amara, y aun
que fuera correspondido
de Eleonora, no es extraño;
pues teniendo por marido
á un viejancon como Erbrik,
zeloso, y con mil delirios
de la antigüedad, qué mucho
que hiciera algun desatino?
En fin, ya el Emperador
sabe el humilde destino
del Conde, y á las instancias
de Jacobo, ha prometido
reconciliar á los dos.
Fab. Qué escucho, rencores mios?
Luego vive el Conde?
Leop. Sí,
y no léjos de este sitio.
Fab. Y el Emperador lo sabe?
Leop. Así á lo menos he oido
en la Corte, con que presto
volvereis á ver unidos
á vuestros Amos.
Fab. Dificil
me parece el conseguirlo,
pues sé yo, que mi señor,
léjos de darse á partido
tan vergonzoso, si viera
no mas un leve vestigio,
un atomo, ò una sombra
de la vil Condesa á tiro
de su venganza, otra vez
la despedazara él mismo.
Leop. Pues tambien sé yo que airado
el Emperador altivo
Leopoldo, sabria hacer
(si el Conde Erbrik atrevido
se opusiera á sus preceptos)
que un Verdugo, y un cuchillo
derribarán de sus hombros
la::- *irritado.*
Fab. Señor, yo::- *temeroso.*
Sale Eduarda. Padre mio.
Leop. Oh, Fabricio, qué muchacha
tan gentil! No; no ha nacido
esta en Alemania. Chasco!
qué ojos tiene tan dormidos,
y tacaños! Dí, hermosura,
para quien guarda Fabricio
ese trozo de donaire?

Para algun gañan; no es fijo?
Oh! qué lastima se me hace,
que un Oficial de los mios
no cargue con tal prebenda.
Te gusta la tropa? dilo
y verás qué prontamente
te proporciono yo mismo
una buena presa.

Fab. Oh, quanto *Ap.*
este hombre me ha confundido
con su caracter. No sé
qué crea de lo que he visto.

Leop. Qué no me hablas? tienes miedo
á Papa? Gentil capricho!
Fabricio, haced que la niña
me diga quatro cariños
sin cortedad.

Eduard. Oh qué jóven *Ap.*
tan diferente de Ulrico!
Padre, pronta teneis ya
la comida.

Fab. Y vuestro amigo?

Leop. Veisle, que llega. *Sale Vincart.*

Fab. Pues vamos.

Leop. Y está sazonada, digo,
por esas manos? Qué tal? *á Vincart.*

Vincart. Seguir su humor es preciso
Yo os aseguro que tiene (*Ap.*
el Baron, en este sitio
estupenda Mayorala.

Fab. Mucho la honrais.

Eduard. De este sitio
deseo apartarlos, para
que pueda salir Ulrico. *Vase.*

Fab. Vamos ya.

Dent. Ulr. Fabricio?

Fab. Cielos,
Ulrico es este.

Dent. Ulr. Fabricio?

Fab. El es, sí. Vuelvo al instante
á Leopoldo.
Qué puede haber sucedido!

Baxa por la boca del Sotano, y quedan hablando Leopoldo y Vincart.

Vinc. Señor, qué tal va de astucia?

Leop. Muy bien; todos los testigos
son fuertes; mas otra prueba
hacer en esto imagino.
Tú en el instante, es forzoso
que lleves un órden mio
al Baron, para que al punto
haga llevar á Fabricio
preso á la Corte.

Vinc. Señor:::-

Leop. Hazlo, y calla.

Vinc. No replico.

Sacan Fabricio y Ulrico á Eleonora desmayada, y con los siguientes versos de Fabricio, Leopoldo y Vincart, se vienen ácia ellos. Ulrico, al reconocer el rostro de Eleonora, da un grito descompasado de alegria, y al ver al Emperador quiere echarse á sus pies, y él le detiene con disimulo abrazándole, quedándose todos un corto instante suspensos.

Fab. Señores, llegad á prisa
á admirar este prodigio

Ulr. Oh, Dios! Adelina.

Leop. Cielos,
no es Ulrico este que miro? *Ap.*

Ulr. Fabricio:::- Pero qué veo?

Leop. Camarada. Finge Ulrico,
Aparte, y abrázale.
que importa.

Ulr. Leopoldo aquí *Ap.*
con tal disfraz? No registro
sino asombros. Presto, presto,
llevemos los dos Fabricio,
esa Dama, donde pueda
cobrar su aliento perdido.

Leop. Pero no sabremos:::-

Ulr. Sí;
atendamos á su alivio
ahora, y despues sabreis
los sucesos peregrinos
de esta muger, que es forzoso
que os dexen enternecidos.

Fab. Vamos, pues; y en tanto:::-

Vinc. Dudas:::-

Fab. Temores:::-

Leop. Ardides mios:::-

Ulr. Piedades:::-

Vinc. A discurrir:::-

Fab. A declarar este abismo.

Leop. A proseguir mis ideas.

Ulr. A remediar su conflicto.
Todos. Hasta que piadoso el Cielo
los conceda algun alivio.
Entranse todos: cae telon de selva, y salen el Baron y Vesmer.
Bar. Sí, Vesmer; burló Eduarda
con astucia mi cariño.
Solicité su hermosura
con rendimientos fingidos
y promesas; resistiólos
con esfuerzo nunca visto;
amenacéla, y no bien
vió dispuesto mi apetito
á una violencia, fingió
rendirse á mis desvarios;
dirigióse á su aposento,
y quando yo amante fino
iba á entrar en él gozoso,
echó mano de improviso
á una pistola, de dos
que tenia allí Fabricio,
y dirigiendo su boca
ácia mi pecho, me dixo:
así una muger honesta
se libra de un atrevido.
Disparó, mas quiso el Cielo
que pasara todo el tiro
por entre el brazo y el cuerpo
sin ofenderme. Me irrito
mas con su engaño, y sin duda
consiguiera mi designio
exêcrable, á no traer
tan prontamente á Fabricio
el ruido de la pistola;
ella, ó por no dar martirio
á su padre, ó por temer
mi rigor, con artificio
disculpó aquel accidente,
y yo salí enfurecido,
y dispuesto á vengar hoy
los ultrages que me hizo.
Vesm. Pues qué maquinais?
Bar. Escucha.
Yo me llevaré conmigo
á Fabricio aquesta tarde
bien léjos, y divertido
le tendré, en tanto que tú
de aquesta ocasion valido,
robas á Eduarda, y la llevas
con prontitud y sigilo
á Viena.
Vesm. Oh, qué maldad! *Ap.*
Bar. Allí:::- pero ya tu mismo
puedes discurrir qué hará
la rabia que ahora respiro
con Eduarda.
Vesm. Buen Dios, *Ap.*
no consintais tal delito:
su virtud ampara.
Bar. Y bien,
Vesmer, qué te ha parecido
mi idea?
Vesm. Muy mal, Señor;
perdonad, que así lo digo.
Vos os vais precipitando
á una serie de delitos
ciegamente. Con crueldad
hicisteis morir á Ulrico
esta mañana. A Adelina,
sepultada entre esos riscos
teneis, adonde sin duda
á estas horas ya, su mismo
dolor, la habrá muerto. Ah!
y quereis ahora sin juicio
cometer aqueste crimen
tan detestable é indigno
de vuestra nobleza. No,
no mi Señor: yo os suplico, *se arrodilla.*
como fiel criado, y como
hombre á quien habeis debido
vuestra educacion, que cuerdo
hagais, lo que los principios
de la humanidad enseñan;
sufocad con heroismo
vuestra crueldad, y:::-
Bar. Basta,
basta, que ya estoy corrido
de sufrir tanta osadia.
Vesm. Os quiero bien, y:::-
Bar. Me irrito
mas, y mas; sígueme, y nunca
te opongas tan atrevido
á mis intentos, por mas
que te parezcan impíos.
Vesm. Está bien. Oh qué de males
acarrea un Juez iniquo. *Vase.*

El Zaguan como ántes, y sale Fabricio.

Fab. Ahora confusiones, ahora
que en el jardin divertidos
se hallan todos, y yo puedo
destinar á mis suspiros
este rato, es ocasion
de aclarar el laberinto
de dudas, en que me pone
quanto escucho, y quanto miro.

Al paño Eduard. Yo no puedo descansar
un instante; ya es preciso
descubrirselo. Allí está;
temor, yo me determino. *Sale*

Fab. Dónde vas, Eduarda?

Eduard. Oh, Dios!
Yo he de decirle un delito
tan exêcrable?

Fab. Qué tienes?
tú te agitas? Das suspiros?
tiemblas? Dí; que es esto?

Eduarda se arroja precipitadamente á los pies de Fabricio, y se abraza de ellos, costernada un instante.

Eduard. Ay Padre!

Fab. Penas, qué habrá sucedido?
Hija, levanta; qué tienes?
Qué te sobresalta, dilo?
No acabes con tu silencio
mi vida.

Eduard. Oh, Dios! Mi delito:::-
el rubor:::-

Fab. Penas, matadme.
Delito tú?

Eduard. Me horrorizo.

Fab. Tu rubor? Qué es lo que dices?

Eduard. Ay amado Padre mio!
Yo no puedo ya ocultaros
mis desdichas, mis martirios,
mis culpas:::- tened piedad
de mi infelice destino.

Fab. Habla.

Eduard. Me estremezco.

Fab. Acaba.

Eduard. Yo muero de ver que indigno
vuestra bondad; el enojo
con que vuestro rostro miro,
mi corazon despedaza
cruelmente.

Fab. Yo la animo.
No, hija mia, no; tus males
comunica aquí conmigo
libremente; No te cause
empacho alguno el decirlos
á un padre, que con ternura
los oirá. Yo tu alivio
buscaré, y miéntras le encuentro;
sentiré tambien contigo.

Eduard. Ay, Padre, que ha de irritaros
mi culpa atroz. Sí; lo miro,
lo conozco así, y no puedo
ocultarosla. Yo estimo,
yo amo, yo adoro á un hombre
ciegamente. El Cielo mismo
sabe, quanto he procurado
arrancar del pecho mio
esta pasion; mas, Señor,
confiesoos que no he podido.
Sus virtudes han ganado
un despótico dominio
en mi corazon; él solo
es mi gloria, y regocijo;
por él respiro, y en él
todas mis venturas cifro.
Yo bien sé, que es imposible
que dé á mis ansias alivio
en ningun tiempo; y conozco
que jamas le veré unido
á mí; pero tambien sé,
que de manera he esculpido
en mi corazon su nombre,
que no podrá el tiempo mismo
borrarle; ántes mas constante,
mas verdadero y mas fino
hará que muera Eduarda,
y que viva su cariño.

Fab. Despacio, honor. No te aflijas,
Eduarda. Un amor fino,
si es honesto, no es un crimen
tan feo como has creido.
Díme, sabe él ya tu amor?

Eduard. No Señor.

Fab. No? Ya respiro. *Ap.*
Y él te ama?

Eduard. Con el extremo
mas honesto, y mas sencillo.

Fab. Qué pruebas tienes?

Eduard.

Eduard. Ninguna,
mas que el habérmelo dicho.
Fab. Esa no es bastante, hija;
porque los hombres fingimos
amar muchas veces, pero
amamos pocas.
Eduard. Le he oido
suspirar por mí.
Fab. Eduarda,
los hombres son cocodrilos,
que suspiran, y sollozan
para atraer con gemidos
á las jóvenes incautas;
Pero en el instante mismo
que las ven enternecidas,
y prontas á dar alivio
á sus ansias, despedazan
su honor, fieros y atrevidos.
Díme, es igual á tí?
Eduard. Ay, Padre,
que ese es solo mi martirio.
Yo fuera la mas dichosa
del mundo, si mi destino
me hubiera dado una cuna
mas noble.
Fab. Si como has dicho
te ama él de veras, no debe
reparar que hayas nacido
pobre; Virtud, y recato
buscará, no requisitos
de nobleza; vaya, dime,
quien es?
Eduard. Es:::-
Fab. Dilo.
Eduard. Es ::- Ulrico.
Fab. No me pesa. Ulrico? cómo?
si hasta hoy no le has conocido?
Eduard. Ay Señor, que sus desdichas
hallaron en mí al proviso
mucha piedad, y esta sola
ha engendrado mi cariño.
Yo no puedo ya ocultarle
mas tiempo; veo el peligro
en que está mi honor, y vengo
á buscar en vos mi asilo.
Fab. Yo te lo ofrezco; mas antes
sinceramente es preciso,
que me confiese tu voz,
que intentó el Baron contigo
esta mañana, que tú
pálida, y enfurecido
el, ni uno ni otro acertabais
con las palabras.
Eduard. Qué he oido!
Fab. Díme la verdad, y advierte,
quanto es por fuerza, enemigo
de su salud, el enfermo
que por temor ó capricho
calla al Médico la causa
de su enfermedad; el mismo
venda al Médico los ojos,
para que no tenga arbitrio
de acertar la cura. Tú
enferma estás. Por divino,
y humano precepto, soy
tu Médico yo; Me obligo
á curarte; pero es fuerza
que me informes del principio
y estado de tu dolencia,
si quieres que mi cariño
acierte la cura.
Eduard. Padre,
por no daros un martirio
tan acerbo, os oculté
la verdad. Ese hombre impio,
irrritado hoy, intentó
violentar mi honor. El tiro
que escuchasteis, á su pecho
fué tan solo dirigido
por mi valor, y:::-
Fab. Detente,
que él viene aquí. De este sitio
te aparta, y jamas demuestres
tu sincero amor á Ulrico.
Eduard. Está bien. Fortuna, ayuda
una vez mis desvarios. *Vase*
Salen el Baron y Vesmer.
Bar. Fabricio, que hablar tenemos
los dos despacio; conmigo
vendreis esta tarde,
Fab. Bien;
quando gusteis; no replicó;
pero ántes tengo que hablaros
tambien yo; y así, os suplico
despidais á ese criado,
y oigais. *Vase Vesmer.*

Bar. Vete. No imagino
que me querrá.
Al patio Ulr. Ya Leopoldo
sabe todos los designios
del Baron, y::- Pero Cielos
él está aquí con Fabricio;
escucharé lo que tratan.
Fab. Señor, con vuestro permiso *Se*
me sentaré, que mis años *sientan.*
me tienen ya muy rendido.
Vos::- pero ántes que principie
mi discurso, solicito
haceros hoy dos preguntas.
Decidme, tiene dominio
el hombre para agraviar
á su semejante?
Bar. Digo
que no.
Fab. Y es el que lo hace
acreedor al castigo?
Bar. Las Leyes estan fundadas
sobre este solo principio.
Fab. Supuestas, pues, ambas cosas,
decidme vos, qué motivo
os induxo á pretender
mi agravio con tan indignos
medios, como seducir
con ofensas, y cariños
el corazon de Eduarda?
No os bastaba haberla visto
resistir tan noblemente
vuestros deseos iniquos,
que bárbaro, é inhumano
violentar habeis querido
su inocencia? Qué vil monstruo
hiciera tal? un delito
tan exêcrable debiera
afrentaros, confundiros
eternamente. Miradme,
yo lo digo, yo lo digo,
Señor Baron. Pero vos,
aun blasonareis impio,
quizas, de haber intentado
tal infamia. Vuestro indigno
corazon es muy capaz
de hacerlo así, y ::-
Bar. Atrevido, *Levantase.*
sella el labio, sino quieres
que este fuego que respiro,
te consuma. Tú, insolente,
con tan loco despotismo
hablarme así? A no mirar,
que fuera desdoro mio
poner la mano á un villano:::-
Fab. Mintió la voz que tal dixo
mil veces.
Bar. Así á quien osa
desmentirme á mí, castigo.
Va á levantar el baston para dar á Fabricio, sale Ulrico, y el Baron huye amedrentado.
Ulr. Detente.
Bar. Ay de mí! Que veo?
si será ilusion? Ulrico::-
Yo::-si::- quando ::- nunca::-apenas
con el asombro respiro.
Si á vengarte vienes, yo
tu sombra huire. *Vase.*
Ulr. Yo te sigo,
cobarde, y aunque te escondas
en el centro del abismo,
vengaré en tu infame vida
mi ofensa, y la de Fabricio. *Vase.*
Fab. Y yo, aunque mas me confunda
quanto escucho, y quanto miro;
iré á ser de tu valor,
heroico joven, testigo.

ACTO TERCERO.

El mismo Zaguan, y sale por la izquierda Ulrico.

Ulr. No pudo alcanzar mi rabia,
por mas que hice, el veloz paso
del Baron: pero qué mucho
si iba huyendo de mi brazo?
Mas pues ya tomó Leopoldo
nuestra venganza á su cargo,
nada importa. Dónde Cielos,
estará el bello milagro
de Eduarda? Su hermosura,
su virtud, y su recato
me encantan. Pero quién es?
Sale Vesmer, y al ver á Ulrico quiere volverse.

Vesm.

Vesm. Qué miro? Señor, yo::-quando::-
si::-
Ulr. Vesmer, de qué te asustas?
vivo estoy; no como tu amo
discurras que soy mi sombra.
Llega; el Cielo ha preservado
mi vida, para que sea
verdugo el mas inhumano
de un perverso.
Vesm. Oh qué agradable
nueva, para quien forzado
de su temor, fué con vos
tan cruel! El Cielo santo
sabe, quanto me es odiosa
la impiedad. Estoy cansado
de recibir los preceptos
de un monstruo tan entregado
á sus torpezas. Yo vengo
lleno de dolor y espanto
á prevenir á Fabricio
el pesar que ahora mi amo
maquina darle. Esta tarde
sacarle piensa engañado
de la Quinta, con intento
de que robe yo el milagro
de Eduarda, y la conduzca
á Viena.
Ulr. Oh, Dios!
Vesm: No hallo
mas medio para estorvar
su crueldad, que avisarlo
á Fabricio.
Ulr. Sí; y yo, Vesmer,
olvidaré tus agravios
por sola esta accion. Mas dime,
qué fin dió aquese inhumano
á Adelina? Fingir quiero *Ap.*
que no lo sé.
Vesm. Oh quán amargo
recuerdo! A un fuerte accidente
rendida, la trasplantamos
á una gruta, cuya boca,
cubierta de unos peñascos
yace en ese montecillo;
pero ya menos tirano,
á mis ruegos, determina
que la saquemos entrambos
esta noche, para hacerla
víctima de su extremado
apetito.
Ulr. No hará, Vesmer.
Vé, corre; tu sobresalto
se acabe, que ese hombre impío
vendrá á hallar el justo pago
de sus delitos, bien presto.
Tú obligale con engaños,
á que aquesta noche saque
del silo á Adelina; entrambos
baxad á su horrible estancia,
que en ella ya preparado
tendrá su castigo.
Vesm. Pero::-
Ulr. Vete, que si no me engaño
viene gente.
Vesm. Voyme. El Cielo
nos dé este dia su amparo. *Vase.*
Ulr. Ah vil Baron! Mas Fabricio
se acerca aquí acompañado
de Adelina; mientras parten
me retiraré á este lado.
Retirase ácia la derecha, y salen por la izquierda Adelina, y Fabricio, que se sientan despues de estos versos.
Fab. O si lograra mi astucia *Ap.*
sacarme aquí del cuidado,
en que esta muger me ha puesto!
Señora, si á la piedad
que hoy en mi pecho encontraron
vuestras desgracias, quereis
corresponder algun tanto,
merezcaos la confianza
de saber vuestros amargos
infortunios, y su orígen;
Pues segun me han informado,
somos de una misma patria,
y á fe, que bien desgraciados.
Eleon. Ah Señor, que nadie puede,
si me es fuerza confesarlo
este dia, comparar
los suyos, con mis trabajos.
Fab. Tal vez sí; y sino, yo os ruego
los saqueis del pecho al labio
sin rubor, que yo despues
iré los mios contando,
y vereis::- Pero desdichas,
qué es lo que miro en su mano?
Se-

Señora, hacedme merced
de enseñarme este topacio,
que llevais en ese dedo.

Eleon. Tomad.

Le da una sortija, y él la mira con sobresalto.

Fab. Cielos, no me engaño; *Ap.*
ella es. Rencores, su rostro
lo está tambien publicando
mudamente.

Eleon. Qué teneis,
que con tanto sobresalto
me mirais?

Fab. Ah gran Señora!
que esta sortija un agravio
me acuerda, que::-

Eleon. Oh Dios! decid,
pues qué, la visteis acaso
otra vez?

Fab. Quereis decirme
cómo llegó á vuestras manos?

Eleon. Me la dió mi dulce esposo,
el dia de nuestro blando
himeneo.

Fab. Iras, quereis
saber ya quien es mas claro?

Eleon. Por qué quisisteis saberlo?

Fab. Para hacerte mas pedazos,
vil muger, que::-

Saca un puñal, va á darla, ella huye por la derecha, y al seguirla él, salen Leopoldo y Eduarda por la izquierda, y Ulrico por la derecha: Fabricio se turba.

Eleon. No hay quién me ampare?

Leop. y Ulr. Teneos.

Eduard. Qué estoy mirando!
Padre!

Leop. y Ulr. Fabricio, qué es esto?

Fab. Señores, ser desdichado. *Vase.*

Ulr. Mucho indica su semblante,
mas no penetro este arcano.

Leop. Ve, y no pierdas á Fabricio
Aparte á Ulrico.
de vista.

Ulr. Voy: todo quanto
oigo y veo, son enigmas. *Vase.*

Sale Vincárt.

Leop. Vincart, queda executado
lo que mandé?

Vinc. Sí, Señor:
ahora en la Quinta entraron
el Baron, y alguna tropa.

Leop. Ven pues, que en aqueste lado
quiero ver el uso que hace
del orden que yo le he dado.

Retíranse.

Eduard. Ya se fueron, y yo, absorta
de lo que he visto, he quedado.
Mi padre con esa dama
que Ulrico á la Quinta traxo
desmayada, enfurecido
con un puñal en la mano?
Yo me confundo.

Al paño el Bar. No entreis
aquí, si es que yo no os llamo.

Eduard. Pero quién entró? Ay de mí!
El Baron es, Cielo Santo:
yo me voy.

Sale el Baron. Eduarda, espera.

Eduard. Quién es? Temores finjamos.

Bar. Yo, que á convidarte vengo
con dichas, ó con quebrantos;
con unas, si agradecida
premias con finos alhagos
mi amor; y con otros, si
desprecias mis agasajos.
Orden del Emperador
en aqueste pliego traigo,
para prender á tu padre,
y ponerle en un cadahalso:
ó te rindes á mis ansias,
ó me voy á executarlo.

Eduard. Preso mi padre, por qué?

Bar. Leopoldo así lo ha mandado.

Eduard. Pero::-

Bar. Mira qué respondes.
Su vida pongo en tu mano,
y su muerte: ó tú le libras,
ó condenas.

Eduard. Cielo Santo,
qué golpe es este?

Bar. No eliges?

Eduard. He de perder mi recato?
No, no: y he de consentir
que pierda mi padre amado

su vida? Oh buen Dios! Qué haré?
Bar. Resuelve, Eduarda, ó parto.
El orden del Rey es este:
si tu corazon ingrato
se rinde hoy á mis deseos,
le haré aquí dos mil pedazos
á tus ojos.
Leop. Ah perverso!
Bar. Pero sino, executado
le verás al punto.
Eduard. Honor,
esto ha de ser. Inhumano,
parte, parte, y executa
lo que Leopoldo ha mandado,
tal vez por influxo tuyo.
Prende á ese infeliz anciano,
y ponle mañana mismo
en un público cadahalso,
que aunque de llanto se cubran
mis ojos al contemplarlo,
á trueque de no mirar
por un perverso, manchado
mi honor puro, no tan solo
sufriré el pesar amargo
de verle morir, si no
que con heróico y bizarro
espíritu, seré yo
verdugo el mas inhumano
de su vida.
Bar. Eso respondes?
Eduard. Sí, y partiré á executarlo.
Bar. Prevente, pues. Ola, todos
venid siguiendo mis pasos. *Vase.*
Salen algunos Soldados, y parten con el Baron por la izquierda.
Leop. Qué heróica muger! Ve, corre,
dí á Ulrico que yo le llamo.
Vinc. Obedezco. *Vase.*
Eduard. Ay infeliz,
en qué situacion me hallo
tan funesta! Qué de dudas
combatiendo estan acaso
mi corazon! Entre padre,
y honor estoy batallando,
sin saber quién es primero
en mi estimacion. Qué amargo,
qué triste dia es aqueste
para mí! Ya allí amarrado
cruelmente, es conducido
entre los fieros Soldados
mi dulce Padre. Qué lleno
de desconsuelo y de llanto
trae el rostro! No, es imposible
que yo vea el tierno llanto
que vierte, sin consolarle:
mi honor perdone. Tiranos:
Ahora saldrá entre los Soldados Fabricio atadas las manos, Eduarda corre á abrazarle, y el Baron la detiene.
viles ministros, dexad,
dexad que espire en sus brazos
esta infeliz.
Bar. Tente.
Eduard. Padre.
Fab. Hija, á Dios: á morir parto
por mi honor; muere tambien
por el tuyo, si los hados
lo dispusieren así;
aquesto solo te encargo,
y ruego, Eduarda, que
nada es mas que tu recato.
Bar. Ea, llevadle.
Leop. El corazon,
sus voces me han quebrantado.
Eduard. Sí haré, Padre: perdonad,
que vuestra vida no salvo
piadosa, pues es mi infamia
el precio en que la han tasado.
Id á morir, que bien pronto
hará mi dolor amargo,
Llegan Vincart y Ulrico, y hablan con Leopoldo.
que os siga en la muerte quien
con tal ternura os ha amado.
Y tú, monstruo el mas horrendo,
que los senos abortaron
de la tierra, teme, teme
de los Cielos soberanos
el castigo mas atroz,
que tus culpas grangearon.
Leop. Haz lo que te digo, Ulrico.
Bar. Nada temo; son ya vanos
tus sentimientos: tú sola
pudieras haber librado
de la muerte á este caduco;
pero pues executarlo

no quisiste, sufre ahora
penas, ansias, y quebrantos. (Cielos
Sale Ulr. No hará monstruo, que los
compadecidos de entrambos,
el consuelo que apetecen
les envia por mi mano.
El sello imperial es este;
por él manda el Soberano
Leopoldo, que en libertad
dexes á ese triste anciano.
Bar. Pese á mi estrella. Ya todas
mis máquinas se frustraron.
Ya le obedezco: Qué rabia!
Desatadle, y entretanto
que mis rencores disponen
vengarse de ellos, Soldados,
seguidme, que todo el mundo
ha de llorar hoy su estrago.
Vase, y la Tropa.
Eduard. Padre.
Fab. Hija amada, nos dió
Dios un júbilo colmado.
Ulrico, llegad, llegad *le abraza.*
á estrecharos en mis brazos,
y confiad que sabré
el beneficio pagaros.
Mas decidme, ¿de qué modo
ha llegado á vuestras manos
ese sello, si jamas
de la Quinta habeis faltado?
Ulr. Luego lo sabreis: ahora
entremos, y acompañados
de Adelina, y mis amigos,
entreguémonos un rato
al placer, ya que hasta aquí
sufrimos tantos quebrantos.
Fab. Vamos en buena hora. Honor, *Ap.*
yo te dexaré vengado. *Vase.*
Leop. Ven, Vincart, que ya el enigma
del todo está penetrado. *Vase.*
Vase Fabricio, Eduarda quiere seguirle, y la detiene Ulrico.
Ulr. Eduarda?
Eduard. Qué quereis?
Ulr. Solamente preguntaros,
si va en vuestro corazon
mi cariño grangeando
algun lugar.
Eduard. Yo, Señor,
no me atrevo á asegurarlo;
pero creo::-
Ulr. Qué?
Eduard. Que el mismo
teneis, si verdad os hablo,
ahora, que esta mañana.
Ulr. Sois ingrata.
Eduard. Ese es engaño.
Ulrico, que yo agradezco
en extremo todos quantos
beneficios me habeis hecho.
Ulr. Mas no los pagais.
Eduard. Los pago
con agradecerlos, que es
el precio en que yo los taso.
Ulr. Y no habeis de darles nunca
mas premio?
Eduard. Ulrico, no alcanzo
lo que podré hacer mañana;
si bien (corazon suframos)
creo, que no os puedo dar
mas premio, que el que os he dado.
Ulr. Por qué?
Eduard. Porque soy tan pobre,
que::-
Ulr. Yo miro en vuestra mano
quanto desear se puede.
Eduar. Ah; pues Ulrico, si tanto
tengo yo en mi mano, hay mas
de que os hagais con cuidado
dueño de ella?
Ulr. Cómo?
Eduard. Amor,
no puedo mas. Preguntadlo
á mi padre, que él tan solo
sabe el modo de lograrlo. *Vase.*
Ulr. Qué escucho? Sin duda alguna
Eduarda está deseando
que le declare á Fabricio
mi puro amor. Pues qué aguardo?
Seré capaz de privarme
del bien que tanto idolatro,
porque sea desigual
á mi nacimiento claro?
No, no es posible. Jamas
gozaria con descanso
esta union, si no encontrara

tales prendas en la que amo,
Busquen otros conveniencia,
é hidalguía; pero es llano,
que no envidiaré su suerte,
si permite el Cielo Santo
que yo goce á mi Eduarda
con gusto, paz, y descanso.

Al irse salen Leopoldo, y Vincart.

Leop. Aquí está: Ulrico.
Ulr. Señor,
ahora partia á buscaros
con gran prisa.
Leop. Para qué?
Ulr. Solo para suplicaros,
que os digneis venir conmigo
á presenciar recatado
otra impiedad del Baron.
Leop. A dónde?
Ulr. Seguid mis pasos,
y os lo diré, porque el tiempo
urge ya.
Leop. Sí, Ulrico, vamos,
porque llegue mi poder
con tiempo á estorbar el daño.
Ven, Vincart, y advierte ahora
quan tarde sus inhumanos,
y viles hechos hubieran
á mis oidos llegado,
si no hubiera mi grandeza
venido hoy á presenciarlos.
Ah Reyes! cómo os dormís,
si reside en vuestra mano
la felicidad del pobre?
Velad, velad, que hay tiranos
poderósos, malos jueces,
y miserables vasallos,
que baxo su iniquidad
viven muriendo, y callando *Vase.*

Selva corta, y salen con capas y una linterna el Baron y Vesmer. La Escena es de noche.

Bar. No habrá objeto, que no sea
miserable, y triste pasto
de mis furores. Ah infame
Fabricio! Ah Ulrico::- Ah Eduarda!
Presto vereis cómo pago
vuestros rigores. Ya, Vesmer,
la noche nos brinda. Vamos
á la gruta; en ella quiero
ver, si da el premio que aguardo
Adelina á mis cariños;
pues sino, mas inhumano
que nunca, daré sepulcro
á su corazón ingrato
en la misma estancia.
Vesm. A quién
no horroriza el escucharlo? *Ap.*
Señor::-
Bar. Véngueme de todos,
pues todos me han agraviado.
Luego que salga del silo,
y esten mis viles contrarios
rendidos al sueño, haré
que mueran todos á manos
de::- pero luego sabrás
quanto mi rabia ha ideado.
Ven aprisa. *Vase.*
Vesm. Ah monstruo! antes
llorarás tu mismo estrago. *Vase.*

Levántase el telon, y aparece la misma decoracion con que empezó el segundo Acto, y salen por la grieta Ulrico con una tea encendida, el Emperador, Vincart, Fabricio, y Eleonora, como apareció en esta decoracion.

Lep. Qué lóbrega estancia!
Ulr. En ella
á Adelina sepultaron
las cautelas de aquel monstruo.
Leop. Horror me da el escucharlo
tan solo. Sabeis, Fabricio,
si tiene otra entrada acaso
esta gruta?
Fab. No, Señor;
pues jamas he penetrado
hasta aquí, ni menos supe
su profundidad. Usamos
solamente aquel pequeño
recinto, que hemos pasado,
para almacenar los frutos.
Ulr. Pues yo de saber acabo,
como os dixe, que otra tiene
cubierta de unos peñascos,
junto á ese bosque, que::- pero
ruido á esta parte he escuchado,

y aun la luz diviso. Aprisa;
aquí pueden ocultarnos
estas peñas. Vos, cumplid,
Adelina, con mi encargo
exâctamente, porque
la confusion del malvado
sea mayor.
Eleonor. Id, Ulrico,
que yo sabré aparentarlo.

Eleonora se echará como consternada de dolor. Ulrico apaga la tea, y los quatro se ocultan detras de los peñascos. El Baron y Vesmer salen por la derecha, como buscándola.

Eleon. Quién aquí::- pero ay de mí!
Bar. Mitiga tu sobresalto,
muger infeliz. Yo soy,
que á poner vengo en tu mano
tu vida, ó tu muerte.
Vesm. Cielos, *Aparte.*
si Ulrico me habrá engañado.
Bar. Ya sabes quánto he querido
solicitar con alhagos
tu hermosura, y quánto siempre
fué tu corazon, ingrato
para mí. Sabes tambien,
que por vengar mis agravios,
dí muerte á Ulrico, y á tí
te habia ya sepultado
para siempre en esta gruta,
donde la hambre y sed acaso
fueran verdugos crueles
de tu vida.
Eleon. Sí, inhumano,
lo sé; mas sé que los Cielos
velarán siempre en mi amparo.
Bar. Vana esperanza. Disponte
á dar á mi amor el pago
suspirado, si deseas
vivir. Sé que tus tiranos
desprecios no merecian,
que mi poder irritado
se diera á partido; pero
mi amor me hace executarlo.
Si á mi gusto te sujetas,
Señora de quanto valgo
serás; pero si porfias
en despreciar mis alhagos,
no habrá crueldad, martirio,
ni fiereza, que inhumano
no use contigo, despues
que haya tu honor sido estrago
de la fuerza.
Leop. Ah monstruo horrendo!
Fab. Creible es, quanto he escuchado!
Vesm. Aun yo temo su crueldad.
Eleon. Si porque me estás mirando
sola, afligida, llorosa,
y sin el menor amparo,
crees, que ha de tener fin
mi resistencia, es engaño,
pues siempre fiel á mi esposo,
y á Dios, sabré á tus malvados
pensamientos oponerme
con el valor mas christiano.
Te aborrezco, sí; abomino,
y detesto tus resabios
exêcrables, y prefiero,
por no mirarme en tus brazos
horribles, morir, sufriendo
los pesares mas amargos.
Fab. Quién esto dice al Baron *Ap.*
posible es, Cielos tiranos,
que con Virsof me agraviara!
Bar. Eso dices?
Eleon. Sí.
Leop. Veamos
su resolucion.
Bar. Pues ya
que ni el rigor ni el agrado
te obligan, loca, disponte
á padecer hoy tu estrago;
y ojala que aquí estuviera
Ulrico, porque tu agravio
presenciara.

Sale Ulrico, y el Baron se turba.

Ulr. Ya está aquí,
hombre aleve, á presenciarlo.
Bar. Ay de mí! Cómo::- si::- Cielos,
cómo, aunque viva, ha llegado
á esta estancia?
Vesm. No mintió; *Ap.*
pero por dónde habrá entrado?
Ulr. Qué te turba? Vivo estoy,
monstruo vil. Nada lograron
tus traiciones, ni es posible

que

qué lógren mas que tu estrago.

Bar. Porque veas, que de verte,
ni me horrorizo, ni espanto,
y que á tu vida, en mi pecho
un rencor eterno guardo,
el martirio mas atroz
he de hacer sufrir á entrambos.

Leop. Vinc. y Fab. Qué intentará?

Bar. Dexa, Vesmer,
esa luz. Pongo en tu mano

Dale un puñal.

este puñal, con su punta
traspasa ya el pecho ingrato
de esa muger.

Vesm. Señor::-

Ulr. Tente.

Leop. Saldré á impedirlo.

Bar. Villano,
hazlo, ó serás desperdicio
de mi rabia.

Saca una pistola.

Vesm. Cielo Santo!

Vesmer indeterminado; Ulrico queriendo ir á estorbar la accion, y el Baron poniéndole la pistola al pecho.

Ulr. Primero sabré::-

Bar. Detente,
ó vive Dios, que te mato.

Vesm. Qué angustia!

Bar. Qué haces? *á Vesmer con enojo.*

Vesm. Señor::-

Ulr. No recelas, temerario,
que para crimen tan feo
envie el Cielo una mano,
que::-

Bar. ¿Por ventura discurres,
loco, que habrá alguna, acaso
capaz de humillarme?

Ulr. Sí.

Bar. Dóndé?

Salen Leopoldo, Fabricio, y Vincart, y el Baron se sorprende.

Leop. Aquí.

Bar. Cielos, de marmol
parece que soy.

Vesm. Leopoldo;
Cielos, yo estoy asombrado!

Bar. Señor, yo::-

Leop. Pérfido, calla;
sella tus indignos lábios,
y no á tus horrendas culpas
pretendas buscar descargo,
cauteloso. Dí, perverso,
qué fiera, qué monstruo hircano
te dió su sangre? Qué furia
pudo sugerirte, tanto,
y tan detestable crímen?
No te averguenzas, villano,
de ver qúe la tierra misma
no puede en sus senos anchos
abrigarles? No te acaba
tu mismo rubor, malvádo?
Te estremeces? Tiemblas? Ah!
No sé cómo presenciarlo
pude, sin que mi furor
te hiciera entonces pedazos.
Pero vivo yo, que tanta
como fué, para escucharlo
mi tolerancia, ha de ser
mi justicia.

Fab. Yo me hallo
sobrecogido.

Leop. Vincart,
quita ese monstruo inhumano
de mi vista. Exemplo sea
en un público cadahalso
mañana, de la justicia
de Leopoldo.

Fab. Qué he escuchado?
El Emperador::- Oh Dios!
cubierto estoy ya de espanto!

Dentro voces. Hemos de entrar.

Dent. Eduard. Aguardad.

Leop. Que es esto?

Sale Eduard. Que ahora llegaron
á la Quinta varias gentes
consternadas, preguntando
por dos Oficiales. Dixe,
que aquí estaban, y empeñados
quieren entrar.

Leop. Vincart,
ve, y diles que aguarden.

Vinc. Parto, *Vase con el Baron.*

Leop. Vos, Eleonora, esperad
de mi benéfica mano
venturas, que recompensen

vues-

vuestros inmensos trabajos.

Eleon. Yo os las estimo; mas todas
sin mi esposo::-

Leop. No, esperaos:
Fabricio, leed ese pliego. *Dásele.*

Fab. Temblando estoy.

Lee. Para descargo de mi conciencia, confieso en estos últimos instantes de mi vida, que por vengar los desdenes de Eleonora, Duquesa de Toninge, hice creer al Conde Erbrik, su esposo, que era adúltera con el Capitan Virsof, de que me desdigo, y ruego á entrambos perdonen mi horroroso crimen.== *Jorge Kerker.*

Eleon. Qué he escuchado!

Leop. Conoces la letra?

Fab. Oh Dios!
Sí, Señor.

Leop. Pues ya es en vano
el encubrirte. Eleonora,
hasta aliviar tus quebrantos
no he parado. Yo devuelvo
el dulce esposo á tus brazos
en este dia.

Eleon. y Eduard. Qué escucho!

Leop. Fabricio es el temerario
Conde de Erbrick. Ya sus zelos
con esta carta acábaron
felizmente.

Fab. Sí, Señor:
y vuelto de aquel letargo,
en que me puso un traidor,
confieso mi error, postrado
á sus pies.

Eleon. Feliz instante!

Eduard. Yo estoy confusa.

Fab. Y pues tanto
á vuestra piedad debimos,
colmad el gozo extremado
de nuestras almas, uniendo
con Eduarda al gallardo
Ulrico, pues sé que se aman
tiernamente.

Leop. Sí, y los cargos,
rentas, y honores que obtuvo
el Baron, le doy.

Los 4. Postrados
á vuestras invictas plantas,
nuestra gratitud mostramos.

Leop. Levantad; yo haré mercedes
al Conde Erbrik de mi mano
mañana. Vamos ahora
todos juntos á Palacio,
pues tan poco dista. Vesmer,
tambien estoy informado
de tu virtud, y tendrá
en mi zelo el justo pago,
como el Baron el castigo.
Pero á todos os encargo,
que os acordeis, que el poder
no debe á ninguno, daros
alas para cometer
tiranías, y atentados.

Todos. No lo olvidaremos.

Leop. Pues
tuvieron fin los trabajos
de la Holandesa, y el premio
el amor constante, logren

Todos. Del auditorio un aplauso.

FIN.

En la Librería de Cerro, calle de Cedaceros, y en su Puesto, calle de Alcalá, se hallará ésta con la Coleccion de las nuevas, á dos reales sueltas; en tomos enquadernados en pasta á veinte reales cada uno; en pergamino á diez y seis, y á la rústica á quince, y por docenas con la mayor equidad.

DONDE ESTA SE HALLARÁN LAS PIEZAS
siguientes.

Las Víctimas del Amor.
Federico II. Tres partes.
Las tres partes de Carlos XII.
La Jacoba.
El Pueblo felíz.
La hidalguía de una Inglesa.
La Cecilia, primera y segunda parte.
El Triunfo de Tomiris.
Gustabo Adolfo, Rey de Suecia.
La Industriosa Madrileña.
El Calderero de San German.
Carlos V. sobre Dura.
De dos enemigos hace el amor dos amigos.
El premio de la Humanidad.
El Hombre convencido á la razon.
Hernan Cortés en Tabasco.
La toma de Milan.
La Justina.
Acaso, astucia y valor.
Aragon restaurado.
La Camila.
La virtud premiada.
El Severo Dictador.
La fiel Pastorcita y Tirano del Castillo.
Troya abrasada.
El Toledano Moises.
El Amor perseguido.
El natural Vizcayno.
Caprichos de amor y zelos.
El mas Heróico Español.
Luis XIV, el Grande.
Jerusalen conquistada.
Defensa de Barcelona.
Orestes en Sciro : Tragedia.
La desgraciada hermosura : Tragedia.
El Alba y el Sol.
De un acaso nacen muchos.
El Abuelo y la Nieta.
El Tirano de Lombardía.
Cómo ha de ser la amistad.
Munuza: Tragedia
El Buen Hijo.
Siempre triunfa la inocencia.
Alexandro en Scútaro.
Christobal Colon.
La Judit Castellana.
La razon todo lo vence.
El Buen Labrador.
El Fenix de los criados.
El Inocente usurpador.
Doña María Pacheco : Tragedia.
Buen amante y buen amigo.
Acmet el Magnánimo.
El Zeloso Don Lesmes.
La Esclava del Negro Ponto.
Olimpia y Nicandro.
El Embustero engañado.
El Naufragio felíz.
La Buena Criada.
Doña Berenguela.
Para averiguar verdades, el tiempo el mejor testigo.
Hino y Temisto.
La Constancia Española.
María Teresa de Austria en Landaw.
Soliman Segundo.
La Escocesa en Lambrun.
Perico el de los Palotes.
Medea Cruel.
El Tirano de Ormuz.
El Casado avergonzado.
Tener zelos de sí mismo.